



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

DEL
DON DE SÍ MISMO Á DIOS,

POR

EL P. GROU DE LA COMPAÑIA DE JESUS,

TRADUCIDO AL ESPAÑOL

POR

D. JOAQUIN RUBIÓ Y ORS,

catedrático de esta Universidad literaria.

BARCELONA.

LIBRERÍA DE LA V. É H. DE J. SUBIRANA,
calle de la Puerta Ferrisa, n.º 16.

1866.

(Con permiso de la Autoridad eclesiástica.)

ntserrat

941

EL APOSTOLADO DE LA ORACION,
SANTA LIGA DE LOS CORAZONES CRISTIANOS
unidos al corazon de Jesus para obtener el triunfo de la
Iglesia y la salvacion de las almas.

ASOCIACION CATÓLICA

aprobada por S. S. Pío IX y gran número de Obispos y enriquecida
con muchísimas indulgencias.

El Apostolado de la Oracion es uno de los principales ejercicios de la devocion al Sagrado Corazon de Jesus. Su objeto es unir tan fuertemente como sea posible nuestras intenciones con las del Corazon de Jesus, ofrecer en union con él todas nuestras obras para la gloria divina y la salvacion de las almas, y hacer estas obras con mayor perfeccion, á fin de que contribuyan con mas eficacia á promover los grandes intereses, por los que ruega él mismo sin cesar.

El Apostolado de la Oracion no impone á los asociados otra obligacion que la de ofrecer una ó si se quiere muchas veces al dia, sus oraciones, sus trabajos, sus sufrimientos por todas las intenciones del Corazon de Jesus, es decir por la conversion de los infieles, de los herejes y pecadores, el progreso de los justos y el triunfo de la Iglesia.

DEL
DON DE SÍ MISMO Á DIOS,

POR

EL P. GROU DE LA COMPAÑIA DE JESUS,

TRADUCIDO AL ESPAÑOL

POR

D. JOAQUIN RUBIÓ Y ORS,

catedrático de esta Universidad literaria.



BARCELONA.

LIBRERÍA DE LA V. É H. DE J. SUBIRANA,
calle de la Puerta Ferrisa, n.º 16.

1886-

(Con permiso de la Autoridad eclesiástica.)

ES PROPIEDAD.

Barcelona : Imp. de Magriñá y Subirana, Ferlandina, 47.

Barcelona 1.º de marzo de 1866.

En vista de la favorable censura que nos ha dado de la traducción de la obra titulada **DEL DON DE SÍ MISMO A DIOS**, escrita por el P. Grou, el Dr. D. José Morgades y Gili, Pbro., Canónigo Penitenciario de esta Santa Iglesia, damos nuestro permiso para que se imprima y recomendamos eficazmente su lectura.

Juan de Palau y Soler, Vicario general.

DEL DON DE SÍ MISMO A DIOS.



Dios quiere que todo cristiano, en cuanto tenga uso de razon, se dé, se sacrifique y se consagre de todo corazon á él, ratificando de esta suerte la ofrenda que de sí hizo en el bautismo. Pocos son los fieles que al hallarse en estado de conocerse y al empezar á reflexionar hacen al Señor esa donacion entera de sí mismos. La mayor parte de ellos, aun de los que pasan por piadosos, ignoran toda su vida lo que es darse de esta suerte á Dios, y cuando se les habla de ello y se les propone que entren en esta disposicion, como indispensable al cristiano, acogen con cierta repug-

nancia cuantas indicaciones en este sentido se les hace, y no saben resolverse á ese gran sacrificio que encierra en sí todos los demás. Trazarse un plan de devocion concebido segun sus propias ideas y no segun las de Dios, un plan en que pretenden, sí, sujetarse á la gracia, mas tan solo hasta cierto punto; no empero dejarse dominar absolutamente y en todo por ella. En todo aquello que no se halla espresamente mandado, ó á lo cual no nos hemos voluntariamente sometido, nos creemos con derecho de disponer de nosotros mismos, y no queremos estar sometidos á Dios hasta el punto de depender de él en los pormenores de nuestra conducta.

Mas si son pocos los que hagan plenamente á Dios esa donacion de sí mismos, son todavía menos los que perseveran en ella y la realizan. Despues de haberse dado de esta manera, no tardan en volverse atrás y en gobernarse mas ó menos á gusto de su propio espíritu y de su amor propio. Cuéstale mucho á la naturaleza per-

manecer constantemente bajo la dependencia de Dios ; va aflojando poco á poco el yugo, en una cosa hoy, mañana en otra, y muchas son las veces que llega á sacudirlo del todo. Y he aquí porque tantas almas se pierden , tantas otras no entran en el cielo sino despues de haber sufrido un largo y terrible purgatorio , y porque es tan reducido el número de los santos. Y entiendo por santos á aquellos que , sea cualquiera la edad en que se encuentran, ora hayan conservado siempre su inocencia ó la hayan perdido, ora hayan vivido algun tiempo en el hábito del pecado, se dieron por fin seriamente á Dios y realizaron, en cuanto pudieron, los designios de perfeccion que sobre ellos tenia.

De todas las materias de la moral cristiana esta es sin contradiccion la mas importante, ya que es el fundamento de todo el edificio ; siendo preciso comenzar por ella, y no pudiendo nadie sin ella , al menos así lo creo, llegar á ser verdadero discípulo de Jesucristo. Nunca pues profun-

dizaremos demasiado esta materia que, bien comprendida, nos dará la inteligencia de todo lo demás. Pidamos á Dios que nos ilumine y leamos con dócil corazón las siguientes reflexiones.

I.

¿Qué es darse á Dios?

Darse á Dios es consagrarle todos sus pensamientos, todos sus afectos, todas sus acciones, de tal manera que el espíritu no se ocupe mas que en él y en los objetos en que quiere que pensemos á cada momento ; que el corazón no ame mas que á él y á las criaturas por causa de él y según el orden por él mismo establecido ; que se refiera á él todo cuanto se haga, todo cuanto se sufra, y que nuestro último fin y la principal intención nuestra sean glorificarle y complacerle.

Darse á Dios es renunciar á dirigirse á sí mismo para ser en todo conducido por

la gracia ; es no tener voluntad propia en nada y no querer sino lo que Dios quiere ; es entregarle nuestra libertad á fin de que disponga de ella y la dirija como mejor le plazca.

El cristiano que se ha dado á Dios deja de pertenecerse á sí propio ; no tiene ya derecho alguno sobre sí mismo ; se pone en manos de Dios y de los que le representan , y desde entonces le repugna ya permitirse ningun deseo, emprender la cosa mas insignificante , ni dar ningun paso por un movimiento de su propio querer. En una palabra ha pasado al dominio de Dios, tiene los ojos siempre fijos en él para conocer su voluntad , hállase constantemente dispuesto á ejecutarla sin discurrir, sin alegar excusa alguna, y sin oponer á ella sus inclinaciones ó sus repugnancias naturales. Semejante dependencia asusta á primera vista y parece que debe tener al alma en una sujecion insoportable ; mas pronto verémos como Dios sabe hacer suave su yugo, y como el amor hace que esta sea delicioso.

II.

Razones que hay para darse de esta manera á Dios.

PRIMERA.

Nada es mas justo.

Sin dejarnos desanimar por varias aprehensiones que la esperiencia desmiente, empecemos desde luego por examinar las razones que nos mueven á darnos de esta suerte á Dios. Estas razones son numerosísimas y seria trabajo muy largo mencionarlas todas : nos limitaremos pues á las principales.

¿ No es soberanamente justo que me dé todo entero y sin reserva á Aquel que me sacó de la nada y que me conserva á cada instante la existencia que me dió, que es mi primer principio y mi último fin , mi soberano bien, de quien lo he recibido todo, de quien todo lo aguardo y sin el cual me es imposible ser feliz ? ¿ Qué necesidad

tiene Dios de mí? Ninguna. Que yo exista ó deje de existir, que me dé ó no á él, no por eso será menos dichoso. ¿Por qué pues exige que sea suyo? Es que el orden así lo quiere; es que Dios no puede autorizarme á que sea yo dueño de mí mismo, ni que me entregue á otro que no sea él. Si pretendo tener el derecho de disponer de mí como mejor me plazca soy un usurpador; arrebató á Dios un bien que le pertenece; si me doy á otro, no puede ser mas que á una criatura á la cual no tenemos, ni yo facultades para darme, ni ella poder para recibirme, sin injusticia y sin hacer á Dios el mayor de los ultrajes, el de preferirle otra cosa.

Mas si es justo que sea de Dios, lo es que lo sea en todo y por todo; por nada y en tiempo alguno puedo sustraerme á su dominio. Su derecho se estiende á todo lo que soy, cualquiera que sea el estado y las circunstancias en que me encuentre. El me ha creado y no ha podido crearme mas que para él. Abuso de mi espíritu si le

dedico á otro fin que á conocerle ; abuso de mi corazon si no empleo en amarle todo cuanto hay en él de cariño ; abuso de mi libertad si me sirvo de ella para lo que no sea resolverme á agradarle en todo ; abuso de todas las facultades de mi alma y de mi cuerpo si no las empleo en lo que es conforme á sus intenciones. No basta que no le ofenda ; es preciso que procure serle agradable y por consiguiente hacer su voluntad en todo. Nada se dejó á mi disposicion, como no se dejó tampoco nada á la de los ángeles y de los bienaventurados. ¿No nós enseña Jesucristo á decir á nuestro Padre celestial : *hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo* ? ¿Hay acaso un instante, una ocasion en que no se haga en el cielo la voluntad de Dios ? Así pues estamos obligados á procurar que se cumpla con igual plenitud y perseverancia en la tierra. La única diferencia que existe entre los bienaventurados y nosotros es que ellos no pueden separarse ya de la voluntad de Dios, porque por su estado se ha-

llan inmutablemente fijos en él, y que nosotros conservamos aquí bajo el desgraciado poder de separarnos de ella. Por lo demás es un deber tan indispensable para nosotros como para ellos no tener mas regla que la voluntad divina.

Así pues ya consulte á mi razon y á mi conciencia por una parte, y por otra á mi religion y á mi fe, ya considere lo que es Dios en sí mismo y lo que es respecto de mí, todo me hace un deber de darme enteramente á él y tan solo á él; todo se conjura para enseñarme que esta es mi primera y mi principal obligacion.

III.

SEGUNDA RAZON.

No puedo ser dichoso sino dándome á Dios.

Siendo Dios mi soberano bien no puede haber dicha para mí, sea en esta, sea en la otra vida, sino por medio de mi union con él. Aquí bajo empero donde no le co-

nozco mas que por la fe, ¿qué otra union puedo tener con Dios que darme á él para no separarme nunca mas ; que sacrificarle mi espíritu y mi corazon para no ser mas que uno solo con él por la conformidad de los sentimientos y de los afectos, ya que en esta conformidad consiste la union de los espíritus? Dios me dió el discernimiento y la libertad para que, conociendo lo que es y mis relaciones con él, me una única é inviolablemente á él por una eleccion ilustrada. Su intencion ha sido que ese don de mí mismo, siendo libre, fuese glorioso para él y meritorio para mí ; es decir que glorificándole por un amor de predileccion y empezando desde esta vida á ser feliz por este amor, mereciese glorificarle para siempre en el cielo y hallar en él en la consumacion de mi amor la consumacion de mi dicha.

Así me dice en la Escritura: *Hijo mio, dame tu corazon* (1). Todo lo que de mí exige se reduce á ese don, que en efecto lo

(1) Proverb. xxiii. 26.

comprende todo, que es el único que desea y sin el cual toda ofrenda de mi parte nada sería para él. Dame ese corazon que crié para mí, que únicamente yo puedo llenar, que por sus mas íntimos deseos no suspira mas que por mí, y que fuera de mí no podría hallar la paz y la dicha. Me pertenece y no pertenece mas que á mí, y lo que le hace grande y noble es el ser pequeño para él todo otro ser que no sea yo. Si Dios nos lo pide no es para su bien, sino para el nuestro. Para nada necesita él de nosotros, mientras que nosotros no podemos pasarnos sin él. Él es soberanamente feliz por sí mismo, y sin él yo no lo sería nunca.

¿Puedo hacer mi dicha yo mismo? No; yo no veo en mí mas que indigencia: y no me sorprende por cierto, puesto que no soy mas que una criatura sacada de la nada. ¿Pueden las demás criaturas y todos los bienes del universo contribuir á mi dicha? Tampoco. Son seres que como yo han salido de la nada y por sí mismos tan indigen-

tes como yo. Podria poseerlos todos y para siempre sin que por eso se sintiese mi corazon menos vacio, sin que se hallase menos hambriento, menos deseoso del verdadero bien, del bien supremo, que no es otro que Dios. El corazon no descansa, desea y echa siempre de menos algo hasta que es todo de Dios. Por el contrario cuando le posee se halla satisfecho, alegre, tranquilo, y no está sujeto al fastidio que roe, que devora, que consume al que no busca en Dios su dicha. Mas el corazon humano no poseerá á Dios sino cuando Dios le posea ; ni Dios se dará á él sino á proporcion que se dé á Dios. *Todo por todo.*

IV. ●

TERCERA RAZON.

No tengo mas que el momento presente para disponer de mí.

Nadie diga : me daré á Dios cuando bien me parezca ; nada me apura ; tengo para

pensarlo todo el tiempo que quiera. Semejante modo de discurrir es tan falso como insensato. Es falso, porque no tengo para darme á Dios mas que el tiempo de la vida presente tan corto, tan incierto. No dispongo ni de un mes, ni de un dia, ni de una hora; no soy dueño mas que del instante presente. Si no me resuelvo en este momento ¿podré hacerlo en el siguiente? Si en este instante me solicita vivamente la gracia, ¿no huirá de mí si la rechazo? ¿Por ventura se ha puesto á mi disposicion para que use de ella cuando me plazca? ¿Me será mas fácil resolverme mañana que hoy? Si lo retardo, acaso no lo haga nunca. Por otra parte, ¿no es una locura aplazar para otro dia el entrar en el único camino que conduce á la felicidad; no hacer en cuanto Dios nos escita á ello lo que sentiremos despues no haber hecho antes? ¡ Por qué esponerme á tener que decir un dia como san Agustín: *Tarde comencé á amarte, siendo como eres una belleza antigua, una belleza tan nueva; tarde comencé*

á amarte ! ¡ Ay ! aun que me diese desde luego á Vos , oh Dios mio , tendria **que** echarme ya en cara esa tardanza. ¿ **Por** qué aumentarla con nuevas dilaciones, **por** qué amargarla mas ? ¡ Cuán doloroso **le es** tener que arrepentirse de ella á un **corazon** á quien el amor divino ha herido ! Si **nos** hace la gracia de herir al nuestro **entre-**guémonos á él desde luego , y recibamos llenos de gratitud la mas dulce de las heri-
das. ¡ Oh ! no sabemos ciertamente el **mal** que á nosotros mismos nos hacemos re-
tardando el entregarnos enteramente á Dios.

V.

CUARTA RAZON.

No puedo glorificar á Dios sino dándome á él.

Dios me ha criado para su gloria : este es el primer fin que se propuso, y debe por lo tanto ser el primero tambien que he de

tener presente en su servicio. Mas ¿de qué otro modo puedo glorificarle sino dándome enteramente á él ?

Lo que le glorifica no es lo que hago por mí mismo para su gloria , sino lo que él mismo hace en mí y por mí. Él no exige de mí mas que una fidelidad absoluta, una disposicion ilimitada á la obediencia, que no rehusándole nada, no contrariándole en nada le deje ejercer á su gusto su dominio sobre mí. Es glorificado por mí tanto como quiere serlo, cuando me tiene siempre en su mano , y me encuentra dócil á su voluntad. Que haga por él grandes cosas ó que las haga pequeñas, le es indiferente con tal que haga lo que él quiere. Lo único que da valor á las cosas es su voluntad, y si las estima es tan solo por ella. El acto por el cual nos damos sin reserva á él es propiamente el solo que le sea glorioso ; todo lo demás no es sino la consecuencia y la ejecucion de dicho acto, y si tiene algun mérito de él lo recibe. Por poco que desee la gloria de Dios , ¿ puedo vacilar un mo-

mento siquiera en procurársela por esa donacion entera de mí mismo?

Dios además tiene sus designios particulares sobre cada alma : esta está destinada á glorificarle de un modo, aquella de otro. La eleccion del modo no depende de nosotros; lo único que nos incumbe es corresponder perfectamente á nuestro destino. Yo ignoro los designios de Dios sobre mí, pero sé perfectamente que no los cumpliré jamás mientras no me dé todo á él. Aguarda de mí esta donacion para manifestármelos, pues si me los revelase antes no consentiria en ellos, ó si consintiese no tendria bastante valor para cumplirlos. Jesucristo no dió á conocer á san Pablo las grandes miras que en él tenia puestas hasta que sumiso y dispuesto á todo le hubo dicho : *¿ Qué quereis, Señor, que haga ?* Si leemos con atencion la vida de los santos veremos que no ha manifestado lo que de ellos queria hasta despues que se dieron á él. ¡Qué desgracia para mí si, por no haberme dado á Dios, muriese sin haber realizado y

ni siquiera conocido los designios que sobre mí tenía !

VI.

QUINTA RAZON.

No puedo santificarme mas que por este camino.

Esta desgracia seria tanto mayor cuanto que mi santificacion depende enteramente de la gloria que procurare á Dios. Seré un santo si le proporciono toda la gloria que de mí espera ; jamás llegaré á la santidad, y acaso espondré mi salvacion, si no me pongo en estado de glorificar á Dios como lo desea, dándome todo á él. Nuestro Señor enseñó un dia á santa Teresa el lugar que hubiera ocupado en el infierno si no hubiese correspondido á los designios de santificacion que sobre ella tenía. Acaso no hay medio para mí entre ser un gran santo ó un réprobo. Mas aun cuando hubiese alguno y no corriese ningun

peligro por mi salvacion, ¿no seria enemigo de mí mismo no aspirando á toda la perfeccion á que soy llamado, y á la cual no me será dado llegar sino dándome enteramente á Dios?

Si tengo fe no debo poner nada debajo ni aun en comparacion de la santidad, que es para mí el principio de toda felicidad presente y venidera. Ahora bien, con la donacion de mí mismo á Dios entro en el camino de la santidad, al cual me seria imposible llegar de otra suerte. Porque, ¿puede darse una disposicion mas próxima á la santidad que la de ponerse enteramente en manos de Dios á fin de que él mismo nos santifique? Dios no menos es el único santificador que el único santo: toda santidad que reside en la criatura es obra de Dios. Él es quien la empieza, quien la prosigue, quien la acaba. La única cosa que me pide es que me abandone á su gracia, que no ponga ningun obstáculo á su obra, sino que por el contrario la secunde con mi cooperacion. Así pues trabajaré con tan-

to mejor éxito en cuanto le haya hecho mas absolutamente dueño de mi voluntad , ya que es principalmente sobre ella sobre la cual se hace ese trabajo. ¿Qué hago dándome á Dios ? Doy de antemano mi consentimiento general á todo cuanto juzgue á propósito hacer en mí para mi justificacion , y en cuanto subsiste este consentimiento claro está que se estiende á todas las operaciones particulares de la gracia en mí. Mientras que ese consentimiento no se revoca , Dios obra en mí libremente y sin interrupcion , sea para corregirme de mis defectos , sea para hacer que practique la virtud , sea para purificar mis intenciones: la gracia va de cada dia ejerciendo mas imperio sobre la naturaleza , el antiguo hombre se destruye , fórmase el hombre nuevo, y la obra adelanta y alcanza por fin la perfeccion que Dios quiere darle. ¿Quién podrá detenerle en su trabajo desde que dejo de resistirle? y ¿qué medio mas eficaz de mi parte que no oponerle ninguna resistencia , que entregarme todo á él ? Ver-

dad es que puedo siempre apartarme de él, romper el pacto con él hecho ; pero Dios que ve mi rectitud y mi generosidad me defiende contra mí mismo, me lleva á que me apoye de cada vez mas en él , y de tal suerte maneja la voluntad , que esta llega á no temer nada tanto como el volver á ser dueña de sí misma , y apartarse de la conducta de Dios.

VII.

El precepto de amar á Dios no puede cumplirse bien sino dándose á él.

Ved ahí unas cuantas razones poderosísimas para movernos á hacer á Dios esa donacion de nosotros mismos. Vamos á indicar otras que no lo son menos. Tengo obligacion de amar á Dios con todo mi corazon , con todo mi espíritu , con toda mi alma y con todas mis fuerzas. Es el primero y mas importante de los preceptos. Mas ¿ cómo puedo amarle de esta suerte si no consagro á su amor todo mi corazon, todo

mi espíritu, toda mi alma y todas mis fuerzas? ¿y de qué otro modo puedo consagrárselos que por una perfecta donacion de mí mismo? Meditad bien esta razon, tan clara como decisiva. Vamos á demostrar que no haciéndolo así sería imposible cumplir bien dicho precepto.

El mandamiento del amor de Dios obliga á dos cosas; primera á evitar toda ofensa á Dios, grande ó pequeña, á no hacer deliberadamente nada que pueda desagradarle en lo mas mínimo, y á estar siempre alerta, en cuanto podamos, contra las faltas ligeras de primer movimiento ó de sorpresa; segunda á practicar, segun el estado de cada cual y segun las circunstancias, todas las virtudes que exige Dios de nosotros, y con toda la perfeccion que exige, á esforzarse en agradarle en todo y á no retroceder ante los esfuerzos y sacrificios que el serle agradables nos cueste. Este precepto, tal como debe tomarse en toda su estension, con relacion á lo que prohíbe y á lo que ordena, comprende evi-

dentamente el alejamiento de todo mal y la realizacion de todo bien. ¿Es posible empero tomar y permanecer en la determinacion sincera y constante de huir del mal y de ir en pos del bien á menos de haberse dado plena é irrevocablemente á Dios?

El cristiano no debe permitirse nada que pueda debilitar en él , por poco que sea, la caridad, al paso que debe abrazar todo cuanto tienda á aumentarla. Es mas ó menos culpable si es causa de que se entibie la amistad de Dios para con él; lo es si por negligencia, por cobardía y por indiferencia no contribuye al aumento de una amistad tan preciosa. En esto no cabe duda ; pero ¿cumplirá jamás esos dulces deberes y se pondrá en estado de cumplirlos, como no sea haciendo una donacion completa y sin reserva de sí mismo á Dios ?

El Señor, único que puede inspirarnos su amor, único que puede aumentarlo, está ciertamente dispuesto á otorgarnos

todas las gracias que nos son necesarias para la conservacion y el aumento del tesoro de la caridad ; mas esas gracias, sin las cuales nada podemos , no nos las dá sino á proporcion que nos damos á él. Él empieza, pero es preciso que le correspondamos, sin lo cual no continua ; y si permanecemos retraidos con él le obligamos, por decirlo así, á limitar para con nosotros los efectos de su bondad. Cuando por medio de su santo Espíritu ha derramado en nuestros corazones la caridad , el primer efecto que de nosotros aguarda es la donacion de nosotros mismos. Si nos manifiesta su amor es para provocar el nuestro , y espera mas de nosotros cuanto mayores son las muestras que de él nos ofrece. Así pues es evidente que sus gracias no irán aumentando sino en cuanto nos hagamos dignos de ellas por nuestra correspondencia, y que esta correspondencia no será nunca completa si no lo fuese nuestra donacion.

Pretender poner algun límite , alguna

reserva al amor de Dios es ir directamente contra la naturaleza de este amor, que por parte de su objeto es esencialmente infinito, y que únicamente puede ser limitado por la capacidad finita del corazon que ama. Mas esa capacidad puede ser de cada vez mayor, puesto que no tiene mas medida que la que le place al Señor darle, y por parte mia no puedo fijarla. Debo amar á Dios sin medida, esto es, con toda la capacidad de mi corazon, el cual es siempre susceptible de ensancharse. Mas nunca podré amarle sin medida si no soy suyo sin medida; ni con toda la capacidad de mi corazon si no le es este completamente fiel.

Si nos fuese posible amar á Dios infinitamente, cual se ama él á sí mismo, estaríamos obligados á amarle de esta suerte, ya que este amor es el único que corresponde á su infinita perfeccion, y si estamos dispensados de ello es porque no está en nuestro poder el amarle así. Debemos pues amarle tanto como somos capaces de

hacerlo mediante su gracia , que se nos ofrece siempre para que le amemos mas y mas. De esta suerte es la intencion de Dios que nuestro amor vaya siempre en aumento, y que no estemos nunca contentos de nosotros mismos cual si lo amásemos bastante, puesto que podemos á cada instante amarle mas. ¿Qué es empero amar sino darse al objeto que se ama ? Es cualidad del amor dar todo cuanto dar puede ; es imperfecto desde el momento en que se reserva algo , y el corazon que es verdaderamente de Dios no puede estar contento mientras tenga que echarse en cara alguna reserva.

Cuanto mas profundicemos la materia del amor de Dios mas nos convencerémos que la obligacion que se nos impone no puede cumplirse sino mediante una donacion entera de nosotros mismos. El corazon no está contento hasta haberlo realizado , ya que hasta entonces le es imposible tener habitualmente el gusto de Dios, ni hallar una dulzura y una paz perfectas

en su servicio. Consultemos á nosotros mismos acerca este punto, y nuestro estado interior nos dirá si somos ó no de Dios.

VIII.

El ejemplo de Jesucristo nos impone la ley de darnos á Dios.

En nuestra cualidad de cristianos estamos obligados á seguir las huellas de Jesucristo, ó lo que es lo mismo, á imitarle. Nuestra salvacion depende de que le imitemos ó dejemos de imitarle. El Evangelio así lo espresa terminantemente en muchos pasages, y san Pablo asegura de todos los elegidos que están predestinados á ser conformes á la imagen del Hijo de Dios. Y en efecto, el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros para servirnos de modelo.

Mas ¿en qué lo es principalmente? En su fidelidad á Dios su Padre. Ved ahí pues el punto principal de nuestra semejanza con él, el primero y principal rasgo á que

deben todos los demás referirse. Ahora bien, la fidelidad, la abnegacion de Jesucristo para con su Padre ha sido perfecta ; empezó en el primer instante de su vida ; no se vió jamás revocado ni debilitado por nada, y llegó á su colmo al exhalar su último suspiro en la cruz. Fuéronle propuestas todas las voluntades que respecto de él tenia su Padre celestial, y las aceptó todas, se sometió á ellas sin escepcion , por mas rigurosas que fuesen , y las cumplió sin omitir la mas insignificante circunstancia. ¿Qué fué la vida de Jesucristo sino la realizacion seguida y no interrumpida de la oblacion que de sí mismo hiciera al venir al mundo ?

Lo propio pues debe ser , guardada la necesaria proporcion , la vida del cristiano. Desde que se conoce y en cuanto sabe que un cristiano no es mas que un discípulo y un imitador de Jesucristo, es preciso que se someta como él á todas las voluntades de Dios , que se imponga el deber de cumplirlas sin jamás separarse

de ellas, y que sea fiel á las mismas hasta la muerte. Debe estar íntimamente persuadido de que están contados todos sus pasos, que tiene trazado su camino, que todo cuanto debe hacer ó sufrir en el curso de su vida está dispuesto por la Providencia, y que no tiene que hacer mas que marchar exactamente por aquel camino bajo la guia de Dios. El cristiano que no es fiel á Dios, no lo es de corazon por mas que pueda exteriormente parecerlo. El cristiano que se ha entregado á Dios pero con ciertas reservas, como lo hacen casi todos, lo es solo á medias, es un débil imitador de Jesucristo. Y si por lo comun no es esta la idea que de la vida cristiana se tiene, es porque no se busca en su fuente, en la doctrina y el ejemplo del Salvador.

IX.

La abnegacion de sí mismo que se prescribe en el Evángelio no es otra cosa que la donacion de sí mismo á Dios.

Jesucristo dijo : *Si alguno quiere ir en pos de mí renuncie á sí mismo , tome su cruz y sígame* (1). Tales son las dos condiciones que á los que quieran seguirle impone , renunciar á sí mismos y llevar su cruz. Estas dos condiciones empero presuponen y encierran el don de sí mismo á Dios , del cual no son en todo rigor mas que la ejecucion. Renunciar á sí propio, en el sentido en que Jesucristo lo entiende , es ponerse en manos de Dios porque de pecadores é imperfectos que somos nos vuelva justos y perfectos ; es entregarle todas nuestras facultades para que las purifique ; es renunciar á guiarnos nosotros mismos á fin de que, conduciéndonos él

(1) Mat. xvi, 24.

mismo por medio de su gracia, nos eleve á una santidad digna de él. El cristiano no renuncia á sí mismo sino para darse á Dios: desde que ha verificado esa renuncia ya no se pertenece, sino que es de Dios; y la práctica de esa renuncia de sí mismo consiste únicamente en combatir y destruir en nosotros lo que nos impide ser perfectamente de Dios. Es preciso pues entrar en el camino que conduce al Señor con un acto general de renuncia, que corresponda al don de sí mismo, y pasar en seguida á los actos de abnegacion particulares que exige Dios sucesivamente, haciendo que muramos poco á poco para nosotros mismos, á fin de que no vivamos mas que en él.

De la misma manera tomar su cruz y llevarla es recibir todos los dias, cual de la mano de Dios, todas las penas, las contrariedades, las humillaciones que vienen sobre nosotros de cualquier parte que sea, ya procedan de Dios ó ya de los hombres ó del demonio; es no quejarse de ellas,

sino sufrirlas con resignacion, con paciencia, con amor. Y esto no se hará jamás si no se reconoce que Dios es dueño de disponer como le plazca de nuestra persona y de cuanto nos pertenece, y si no se encuentra uno en el estado habitual de abnegacion en que se hallaba Job cuando decia: *El Señor me lo dió, él me lo quita; todo acontece segun le place al Señor; sea su nombre bendito.* ¿Y es acaso posible hablar y pensar de esta suerte, conservar un corazon sumiso y tranquilo en medio de toda clase de aflicciones, si no nos hemos dado plena y sinceramente á Dios, con la voluntad de no separarnos nunca mas de él, sea cualquiera el estado en que nos encontremos? ¿No es evidente que nuestras quejas, nuestros murmullos, nuestras resistencias en las tribulaciones nacen de nuestro propio espíritu, de nuestro amor propio, de una naturaleza en fin que no se halla santificada y que vive aun en sí misma y por sí misma? No nos lisonjemos pues de que seguimos á Jesucristo por el

camino de la abnegacion y de la cruz si no hemos comenzado por darnos enteramente á Dios.

X.

El título de hijos de Dios nos impone la obligacion de darnos á él.

Como cristianos somos hijos de Dios : en el bautismo recibimos la gracia de la divina adopcion , cuyo carácter no puede borrarse, y en él tomamos el compromiso sagrado de vivir como hijos de Dios, puesto que aquel mismo carácter se volveria contra nosotros y podria ser causa de nuestra condenacion si mas adelante lo desmentíamos. Ahora bien, san Pablo declara que *aquellos son hijos de Dios que son conducidos por el espíritu de Dios* (1). Los demás llevan el título de tales , pero no llenan las obligaciones que el serlo impone si el espíritu de Dios no les gobierna.

El espíritu de Dios es un espíritu de ca-

(1) Rom. viii, 14.

ridad, un espíritu de gracia, un espíritu sobrenatural que nos eleva sobre nosotros mismos, que nos cambia en otros hombres, y que nos hace conformes á Dios en nuestros pensamientos, nuestros afectos y nuestras acciones. Ese espíritu de Dios, tan dulce como poderoso, no nos violenta, y si nos conduce es en cuanto consentimos en ser conducidos por él. A fin pues de que el espíritu de Dios nos conduzca en todos nuestros actos, tanto interiores como exteriores, es necesario que nos hayamos dado á Dios, que le hayamos cedido todo poder sobre nuestra voluntad, y que le dejemos que disponga de nosotros como mejor le plazca. Si nos pertenecemos todavía; si pretendemos tener derecho á gobernarnos en todo; si oponemos al espíritu de Dios la mas ligera resistencia, no será verdad que nos conduzca en todo, y dejaremos de obrar como hijos de Dios en las cosas en que su accion no dirija la nuestra. Tal es la consecuencia necesaria que de la doctrina del Apóstol se desprende.

Nólese además , y esta observacion es importantísima, que de la misma manera que en nuestra calidad de hombres y seres racionales debemos obedecer en todo la razon y no permitirnos nunca nada que esta no apruebe, así tambien en calidad de cristianos debemos seguir en todo y no separarnos jamás del espíritu de Dios. Toda disposicion interior, toda accion exterior que el espíritu de Dios no reconoce por suya, es en un cristiano vituperable, ó cuando menos no merece ninguna alabanza y de nada le sirve para la salvacion. Segun esta regla , que es incontestable, ¡ qué de obras se pierden para el cielo ! ¡ cuántas horas inútilmente empleadas en la vida de la mayor parte de los cristianos ! Y ¿ de dónde viene esa inutilidad, esa inmensa pérdida de momentos tan preciosos ? De que no fueron dados á Dios para que fuesen gobernados en todo segun su espíritu.

XI.

Igual satisfaccion nos impone la santificacion de nuestras acciones aun las mas comunes.

San Pablo, *en quien hablaba Jesus*, hace un deber á todos los cristianos de que obren en todo para la gloria de Dios, y el que santifiquen de esta suerte sus acciones mas comunes, y hasta las que son puramente animales, como el beber y el comer, ó lo que es lo mismo, les manda que se propongan en todo miras sobrenaturales, y que realcen las acciones mas bajas y terrestres á que nuestra condicion nos condena por la santidad de nuestros motivos. Mas no es posible obrar así si no es Dios el objeto habitual de nuestra intencion, si no es dueño absoluto de nuestro espíritu y nuestro corazon. De otra manera las cosas de la tierra, que tan fuertemente obran sobre nuestros sentidos y nuestra

fantasía y que tan vivamente remueven nuestras pasiones, nos atraerán, nos apartarán de nuestro fin y nos inducirán á que las busquemos con el placer que en su goce se encuentra. Ya que no nos arrastren á escesos criminales, nos mancharán al menos con una infinidad de faltas leves; harán con frecuencia que perdamos de vista á Dios y la dignidad de nuestra condicion para dejarnos seducir por los *atractivos de bagatelas*, para que nos ocupemos demasiado en las necesidades y comodidades del corazon y en lo que halaga la sensualidad, el orgullo y la curiosidad.

Mientras no se pertenece enteramente á Dios no se percibe esa multitud de imperfecciones que se deslizan en nuestra conducta y que, pegándose como el polvo á nuestra alma, empañan su pureza y brillo; y tan solo se hacen sensibles y únicamente se conoce bien el daño que nos causan á favor de la luz divina que solo se comunica, en cuanto se necesita para ello, á las almas de que ha tomado Dios plena

posesion. Al reinar Dios en nosotros no ha de permitir que, ni aun en las cosas mas insignificantes, obremos por fines que no sean dignos de él ó no se refieran á su gloria ; nos lo echará en cara cada vez que nos desviemos de ellos, y usando del imperio de su gracia, nos inspirará el que obremos de una manera de cada dia mas perfecta. Dios empero no empezará á establecer su reino en nosotros sino hasta el momento en que nos hayamos dado enteramente á él, para no tener mas amor, mas intereses que los suyos, ni mas objeto que el de agradarle. Hasta entonces el hombre permanece como ciego acerca lo que constituye el fondo de la perfeccion cristiana y los infinitos detalles que abarca, no se formará de ella mas que ideas erróneas, que no querrá nunca rectificar ; no se prenderá de ella, no la practicará, y bajo el trivial y peligroso pretesto de que no interesa esencialmente á la salvacion, se burlará de los que la practiquen y la prediquen , si es que no los mire con secreta aversion.

XII.

La necesidad de darse á Dios se halla comprendida en la oracion dominical.

Jesucristo nos enseñó por su propia boca la oracion que deben todos los cristianos dirigir á Dios y que encierra todas las peticiones que deben hacerle. Pocos habrá que no la recen dos veces al menos cada dia, por la mañana y por la noche. ¿La comprenden empero? ¿La rezan desde el fondo del corazon? ¿Practican lo que en ella se contiene? Creemos que no en su mayor parte, puesto que para entenderla, gustar de ella y practicarla es necesario ser todo de Dios.

Y sin entrar aquí en una larga esplicacion, ¿se puede dar á Dios el nombre de *Padre*, se puede tener en el corazon los sentimientos que debe este nombre escitar en él, y portarse como debe hacerlo un hí-

jo respecto del que le ha dado el ser, sin haberse antes entregado enteramente á él? Meditemos bien todas las cualidades y los derechos todos de ese título de padre con respecto á Dios; pesemos todos los deberes que el respelo, el amor, el agradecimiento, la dependencia nos imponen para con él, como criaturas é hijos adoptivos suyos que somos, y juzguemos por nosotros mismos si la primera y la mas indispensable de nuestras obligaciones no es darle irrevocablemente nuestro corazon.

Le pedimos ante todo que *sea santificado su nombre*, esto es, que se le dé toda la gloria que pertenece á ese nombre inefable. ¿Y por quienes? por todas las criaturas inteligentes, y en especial por nosotros mismos. Así pues toda nuestra vida no debe ser mas que una santificacion continua del nombre de Dios, y un no interrumpido deseo de que sea santificado por los demás hombres. En vista de tantos ultrajes como recibe, debemos abrasarnos, consumirnos sin cesar en el celo de su glo-

ria. El don de nuestro corazon es el único que puede ponernos en este estado, y si son pocos los cristianos que se hallen en él, es porque son tambien muy pocos los que le hayan dado sinceramente su corazon. ¿Cuál es por otra parte la gloria que espera Dios de nosotros? La de ser amado sobre todas las cosas. *Dios*, dice san Agustin, *solo es honrado por el amor*, y al amor se refieren y reducen todos los mandamientos. Y ¿qué otra cosa es el amor mas que el don del corazon y las consecuencias de ese don?

Pedimos en segundo lugar *que venga á nos su reino*. Y ¿qué reino sino el de su amor? y ¿dónde quiere Dios establecerlo sino en nuestro corazon? Este reino debe consumarse en el cielo, pero es preciso que comience en la tierra. Y ¿cómo puede empezar en cada uno de nosotros sino por la donacion de nuestro corazon? Dios no reina en nosotros sino á proporcion que es dueño de nuestra voluntad, ni domina sobre todos nuestros afectos sino cuando se

reducen á una sola, cuyo objeto sea él. Su reino se establece tan solo sobre las ruinas del amor propio, su enemigo capital ; y únicamente dando nuestro corazon á Dios sin reserva es como tomamos la resolucion de arrojar completamente de él el amor propio, tanto por nuestros esfuerzos secundados por la gracia, como dejando que el mismo Dios descargue los últimos golpes sobre su enemigo.

Pedimos por fin *que se haga su voluntad en la tierra como en el cielo*. Y ¿qué es esto sino pedirle con distintas palabras que sean suyos nuestros corazones, como lo son los de los bienaventurados? ¿Qué, cual no la halla en estos, no encuentre resistencia en nosotros á su querer? ¿Qué nos consagramos con el mismo ardor, la misma obediencia é igual desinterés á la ejecucion de sus voluntades? Si al dirigirle tal súplica no tenemos estos sentimientos en nuestra alma , claro está que no cumplimos la intencion de Jesucristo, y que no rogamos á nuestro Padre celestial como

debemos : proferimos las palabras, mas sin que sea el corazon quien las dicte ; y ¿ cómo pueden salir del corazon cuando este no está enteramente consagrado á Dios ? Estas súplicas, tan santas, son en nuestros lábios o'ras tantas mentiras mientras rehusamos á Dios lo que espera de nosotros para la santificacion de su nombre, para el establecimiento de su reino y para el cumplimiento de su voluntad. Examinémonos seriamente sobre este punto y temblemos de pronunciar la oracion dominical por temor de que sirva para nuestra condenacion hasta que nos hayamos dado á él en holocausto.

XIII.

Los designios de Dios sobre nosotros suponen para su ejecucion el don de nosotros mismos.

Ved ahí otra razon , y no de las menos poderosas , para determinarnos á darnos generosamente á Dios. Es indudable, se-

gun los principios de la fe, que Dios ha destinado á cada uno de sus elegidos á un cierto grado de gloria, y que en su consecuencia le llama á cierta medida de santidad, le ha preparado una cierta serie de gracias que se relacionan unas con otras y van á parar á la gracia decisiva de la perseverancia final, y por último que ha previsto y arreglado segun este plan todas las circunstancias y los acontecimientos todos de su vida. Mas es evidente que para llegar á ese grado de gloria, para llenar esa medida de santidad, para no romper esa cadena de gracias, para no salir jamás de ese orden de la providencia, es necesario que demos plenamente nuestro corazon á Dios en el momento decisivo en que nos solicita para que se lo demos; puesto que no nos lo pide sino para cumplir con nosotros sus designios de misericordia. Si se lo rehusamos, sus designios quedarán sin ejecutar y acaso nos perderemos nosotros mismos: y llamo rehusar su corazon á Dios el no querer dárselo mas

que en parte , con determinadas condiciones y con ciertas reservas. Esas condiciones y reservas son para Dios una verdadera negativa , pues cuando pide nuestro corazon lo pide absolutamente y todo entero.

¡ Cuántos cristianos de todos los estados, hasta los mas santos , han muerto en desgracia de Dios por haberle rehusado este don de su corazon ! ¡ Cuántos han tenido que echarse en cara deplorables caidas, de las cuales les ha costado mucho levantarse , sin poder jamás contestarse á sí mismos con cierta confianza de que Dios les hubiese perdonado ! ¡ Cuántos han vivido en la imperfeccion, en la tibieza, víctimas de las turbaciones y sobresaltos de la conciencia , huyendo de penetrar dentro de sí mismos, y no atreviéndose á li-songearse de estar bien con Dios , por no haberle dado todo lo que de ellos deseaba ! ¡ Y puede darse mayor tormento para un cristiano que semejante incertidumbre acerca de sus mayores y mas gratos intereses !

XIV.

El mejor uso que puede hacerse de la libertad es ponerla en manos de Dios.

Todos sabemos que nuestra perfeccion y nuestra salvacion dependen del buen uso que de nuestra libertad hacemos. Sabemos tambien que podemos á cada instante abusar de ella , que una pequeña falta puede hacernos caer en otra mayor, y de esta suerte y por grados consumir nuestra reprobacion. No hay que hacerse ilusiones , nuestra debilidad es grande; estamos rodeados de tentaciones y nos hallamos dispuestos siempre al mal por natural inclinacion de nuestro corazon. Verdad es que la gracia de Dios no nos falta, sea para preservarnos de caer , sea para levantarnos despues de caidos ; pero no hay nada en nosotros mas comun que faltar á la gracia , y esto es precisamente lo

que nos hace culpables. Nos ha sido dada la libertad para salvarnos, y sin embargo la mayor parte de los hombres solo la emplea para perderse.

¿ De dónde viene esta desgracia y cual es la causa primera de ella ? De que nunca han puesto su libre arbitrio en manos de Aquel que es el único que puede gobernarla con seguridad , é impedir que se desvie de su recto camino. Mientras queramos ser dueños de él , mientras pretendamos disponer de él nosotros mismos, estaremos espuestos siempre á emplearlo mal , y si esta pretension no nos conduce siempre á nuestra pérdida , por lo menos no nos conducirá nunca á la salvacion. Si empero , reconociendo humildemente nuestra ceguedad y nuestra flaqueza, suplicamos á Dios que se encargue de nosotros ; si nos decidimos á no resolver por nosotros mismos en ningun asunto importante ; si le consultamos para conocer su voluntad y aguardamos que la declare, sea por medio de avisos interiores, sea

por la autoridad ó los consejos , en este caso no tenemos que temer ningun abuso de nuestra libertad , no serémos nosotros sino Dios quien responda de nosotros , y el interés que por su gloria se toma , el tierno amor que nos tiene nos apartarán de todo escollo y nos conducirán infaliblemente al puerto de una venturosa eternidad.

Persuadidos , cual debemos estarlo , de esta verdad , ¿ cómo podemos dudar ni un momento siquiera en confiar á Dios la direccion de nuestra libertad ? ¿ cómo nos atrevemos á dar un paso solos , á formar proyectos , ó arrojarnos á empresas cuyas consecuencias para nuestra salvacion ignoramos ? Esos proyectos , me diréis , esos compromisos no tienen en sí nada de malo , ni vemos en ellos nada que interese en lo mas mínimo á nuestra conciencia. Puede ser que así sea ; pero ignorais lo que de ellos resultará con respecto á vuestra alma ; ignorais si tal estado de vida , tal amistad , tal viaje , tal cambio

de morada puede ser para vosotros una ocasion de pecado, ó el principio de la perversion de vuestros principios y de vuestras costumbres. El precipicio no se ve desde los primeros pasos que se dan en el camino, pero puede muy bien ser que exista: Dios lo ve, y de seguro os libraria de él si os hallaseis resueltos á no hacer nada sin consultarle.

Pero qué! replicaréis, Dios no nos ha dado la libertad sino para que renunciemos á ella y nos reduzcamos á una esclavitud continúa? ¿No podremos disponer en nada de nosotros mismos? Dios os ha dado la libertad á fin de que la empleeis en su servicio, y por consiguiente para que la tengais sometida siempre á su voluntad. No os hizo libres para autorizaros á huir de su dependencia, sino para que esa dependencia fuese voluntaria y escogida por vosotros. Os dió á conocer los derechos que sobre vosotros tiene, la necesidad que de su dependencia teneis, las ventajas que de ello os resultan, los peli-

gros que correis sino os tiene sin cesar de su mano, pero hecho esto os dejó en libertad de tomar el partido que quisiereis. ¿ Os atreveréis pues negar que el mejor uso que podeis hacer de vuestra voluntad es usar de ella segun las miras de Dios , y consagrársela para que la gobierne con su providencia y con su gracia? ¿ Y llamais á esto reduciros á la esclavitud , cuando por el contrario no haceis mas que poner os en la plena libertad de los hijos de Dios ? Dispondréis en todo de vosotros mismos, pero segun la voluntad de Dios que habréis hecho vuestra dándoos á él. Si esto es una servidumbre , es la del amor , la de los ángeles y santos del cielo , fuente de su felicidad ; ni seréis de otra suerte dichosos ni en esta vida ; ni en la otra.

XV.

El don de sí mismo á Dios es la clave del Evangelio.

Todos tenemos el mayor interés en comprender bien el Evangelio , puesto que es

la regla de nuestras costumbres y aquella por la cual serémos juzgados por Jesucristo que nos la dictó. Esta regla comprende dos cosas, la doctrina de Jesucristo y sus ejemplos, que son su mas genuina é infalible interpretacion. Mas nunca comprenderémos bien ni aquella doctrina, ni aquellos ejemplos, y menos aun gustarémos de ellos y nos pondrémos en el deber de seguirlos, si no empezamos por darnos seriamente á Dios. La razon es muy obvia: todo es sobrenatural en lo que hizo y enseñó Jesucristo; todo está sobre nuestras luces naturales y no podemos entenderlo sino en cuanto nos hallemos iluminados por la gracia. Dios empero no ilumina nuestro espíritu sino en cuanto se lo sometemos y lo encuentra dócil á sus inspiraciones. Así pues solo será imperfectamente iluminado mientras no dependa mas que imperfectamente del espíritu de Dios. Y ved ahí porque son tan pocos los cristianos, los sacerdotes, los religiosos que posean un conocimiento algo profundo de

la moral cristiana. Los santos mismos no la entendieron hasta haberse dado á Dios. San Agustin lo declara en sus confesiones. A cuántos doctores , aun los mas sabios en otras materias, no se podria decir acerca la moral evangélica , lo que decia Jesucristo á Nicodemus : *Sois maestro en Israel é ignorais estas cosas !* (1) Un ignorante, una simple mujer que sirve á Dios de todo corazon podria daros lecciones de ella.

A mas de esto esa moral que es superior á nuestras luces combate nuestras inclinaciones naturales : el orgullo y el amor propio le profesan un odio estremado. Cualquiera que se estudie un poco no puede desconocerlo , y por lo mismo que el corazon no gusta de ella se inventan tantas falsas razones para dispensarse de practicarla. Mas ¿cuál es el medio único y eficaz de vencer esa repugnancia , esa aversion ? Es desprenderse completamente de las criaturas y de sí mismo para darse todo á Dios. Hasta haberse tomado este

(1) Joan., iii, 20.

partido se mirará siempre la moral cristiana como un yugo penoso al cual se someterá el hombre lo menos que pueda , á la manera de una carga pesada que se procura echar de sí. Mas que se me cite una sola persona que se haya dado sinceramente á Dios que no sienta y publique en voz alta que el yugo de Jesucristo es dulce y ligera su carga. Y es que el amor hace que se encuentre tal, y Dios la llena de ese amor en recompensa de haberle dado su corazón.

Por último la práctica de la moral cristiana es superior á nuestras fuerzas. Aun cuando la comprendamos perfectamente, aun cuando sintamos por ella las mayores simpatías, tenemos necesidad de una gracia especial para ejecutarla, para no retroceder ante las dificultades que ofrece, para vencer los obstáculos que presenta y para preservar hasta el fin en la guerra contra nosotros mismos. ¿Y á quién otorga el Señor sus socorros preferentes? ¿Será á las almas cobardes, tibias , que no le sir-

ven sino por temor de perderle ó con miras interesadas , que disputan en cierto modo con él y le dan lo menos que pueden , en una palabra , que se aman á sí mismos mas de lo que aman á Dios ? No, esos socorros están reservados para las almas francas, justas, generosas que se han dado á Dios sin imponerle condiciones y que quieren ser todas suyas. ¿ Qué puede negar Dios á quien le ha dado todo , á quien se halla resuelto á hacerlo, á sufrirlo todo para agradarle , á quien se abandona á su gracia , y le traspasa todos los derechos que tiene sobre sí mismo ? Así pues la inteligencia, el amor y la práctica del Evangelio son el fruto seguro de la donacion de sí mismo á Dios.

Paraos un poco , cristianos , y meditaad sobre lo que acabais de leer. ¿ Habiais hecho hasta ahora las reflexiones que os sugiero ? ¿ Os parecen verdaderas , justas, importantes, decisivas para vuestra eterna salvacion y hasta para vuestra dicha presente ? Si así fuere, dad por ello gracias á

Dios ; mas despues de haber oido sus palabras no cerreis vuestro corazon á ellas. Ofrecedle ese corazon que os pide y que tantas razones os estimulan á que se lo consagreis.

XVI.

¿Qué cualidades debe tener el don de sí mismo á Dios?

Mas ¿qué cualidades debe tener esta donacion de sí mismo á Dios? Quedan estensamente espuestas en mis obras tituladas: *Caractéres de la verdadera devocion y Máximas espirituales*. No es sin embargo necesario acudir á ellas. Cualquiera puede concebir fácilmente que esa donacion debe ser tal como Dios la merece , tal como la exige , ó mas bien cual la reclama de todo cristiano por el mandamiento que de amarle le ha impuesto ; tal en fin como la pide de cada uno en particular. Esplicase por lo que ella misma inspira, y lo único

que conviene hacer es escuchar la voz de la gracia y hallarse resuelto á corresponder fielmente á ella. Debe hacerse con toda la estension y toda la sinceridad del corazon. Es preciso que sea entera, absoluta, irrevocable : entera, para no exceptuar nada ; absoluta, para que sea sin condicion ; irrevocable, para que abrace todos los momentos de la vida hasta el último suspiro. Estas tres palabras lo abarcan todo.

Démosnos pues á Dios tanto como podamos, como quiere él mismo darse á nosotros en la eternidad ; todo entero, para siempre y con un amor incomprensible. ¿ Es por ventura exigir demasiado que nosotros, que lo debemos todo á Dios, que no nos amamos bien sino en cuanto amamos á Dios, que no podemos ser felices sin poseerle ; es por ventura demasiado, repito, que seamos suyos en el breve espacio de la vida presente como se ha ofrecido á ser nuestro en los siglos de los siglos ?

Démonos á Dios como Jesucristo nues-

tro modelo se ha dado á su Padre. La abnegacion del Salvador fué tan lejos como ir podia, y á proporcion debe suceder lo mismo con la nuestra. Jesucristo que tenia en sí la plenitud de la gracia tuvo tambien la plenitud de la abnegacion. Hagamos que la nuestra corresponda igualmente á la medida de la gracia que recibamos. Dios no exige mas , pero tampoco se contenta con menos ; quiere que su gracia produzca todo su efecto.

Démonos á Jesucristo como Jesucristo se ha dado á nosotros. *Me ha amado*, podemos decir con san Pablo, *y se ha ofrecido por mí* (1). ¿ A qué se ha ofrecido ? A todo cuanto ha exigido de él la justicia divina para librarme del infierno y abrirme las puertas del cielo. ¡ Y con qué amor se ha ofrecido ! ¿ quién seria capaz de expresarlo y ni siquiera de comprenderlo ? En cambio, ¿ qué espera de mí ? que le ame y que me ofrezca á él. No contento con ofrecerse por nosotros una vez en la cruz,

(1) Galat. ii, 2.

continua ofreciéndose todos los dias sobre nuestros altares ; se dá, se une, se incorpora á nosotros en el sacramento de la Eucaristía cada vez que nos acercamos á la sagrada Mesa. ¿Qué menos puedo hacer que darle todo lo que soy , como me dá todo lo que es , su carne , su sangre , su alma , su divinidad ?

XVII.

Ventajas de darse á sí mismo á Dios.

Veamos ahora qué ventajas resultan para nosotros de semejante donacion. Lo que en general puede decirse es que son inmensas, y que esceden á cuanto es capaz el espíritu humano de concebir.

Y empezando por lo que concierne á la vida futura , es indudable que no habrá proporcion entre la dicha del corazon de los elegidos y la del alma que se dió aquí bajo á Dios sin reserva , puesto que lo que

premia Dios en el cielo , no tanto son las buenas obras , como las disposiciones del corazon y el amor que por él se ha tenido. No depende de nosotros hacer grandes cosas para Dios, pero sí depende de nosotros amarle mucho. ¿Cual será pues la recompensa de una alma que, dándose perfectamente á Dios, le ha amado tanto como él deseaba que le amase, tanto como gracias ha tenido para amarle, tanto como ha sido su corazon capaz de amar? Despues de semejante donacion , si ha tenido todas las condiciones necesarias y ha sido puesta constantemente en ejecucion , á pesar de las faltas inevitables á la fragilidad humana , ¿deberá acaso el cristiano en cualquier tiempo y de cualquier modo que muera temer pasar por el purgatorio? No, sino que irá derecho al cielo , que está abierto á la caridad pura, ya que con su donacion se ha colocado en este camino de caridad pura por donde se avanza siempre con tal que no retire dicha donacion. ¡Qué tesoro de méritos no recoge á cada momen-

to y por la mas insignificante de sus acciones á causa de la pureza y de la escelencia de sus disposiciones ! Sin escluir el motivo de su propio interés, por lo comun no piensa en él ni lo toma en cuenta, ocupado como está en Dios y en su amor. Cuanto empero mas se olvida, mas piensa Dios en él y se propone recompensar lo que hace únicamente por él. Dios, que es el amor mismo, entiende sin duda en amor, y prodigará con inefable placer todas sus riquezas en favor de una alma que habrá sido todo amor por él.

Por lo que mira á la vida presente no hay situacion mas venturosa que la del alma que se ha dado á Dios.

Pensar lo contrario es un error. Es injurioso á Dios como perjudicial á la piedad ; es una cosa desmentida por la experiencia y por el testimonio de todos los santos. No ha habido uno solo á quien le haya pesado , siquiera por un instante, haberse consagrado á Dios, y que no haya deseado estarle mas unido y amarle mas.

¿Y á quién se ha de creer mejor que á ellos? A mas de que si la union con Dios hace nuestra dicha en el cielo ¿porqué no la hará en la tierra? ¿No es acaso Dios nuestro soberano en esta vida como lo será en la otra? El demonio, secundado por el amor propio, es quien nos abulta las penas de la vida interior para apartarnos de que entremos en ella. Guardémonos pues de dar oídos á sus sugestiones, y acordémonos de que es enemigo de Dios y nuestro, y quiere no tan solo perdernos sino impedir que glorifiquemos á Dios consagrándonos á él.

XVIII.

PRIMERA VENTAJA PARA LA VIDA PRESENTE.

Nos dá la seguridad moral de nuestra salvacion.

Pasando ya á individualizar las ventajas, la primera que nos proporciona aquí

bajo esta donacion es el asegurar nuestra salvacion cuanto es posible hacerlo. No nos dá, es verdad, una certeza absoluta de alcanzarla , puesto que no podemos responder de nosotros mismos ; pero nos inspira respecto de este punto una confianza y un reposo que nada basta á turbar. Uno se dice á sí mismo : Estoy entre las manos del Criador, ¿ puedo perecer , con tal que no me separe nunca de él ? ¿ Puede todo el infierno junto arrancarme de su mano poderosa ? Mi salvacion ya no es cosa mia, sino de Dios : yo no tengo mas que hacer que amarle , que pensar en agradarle y en obedecerle. Dios me ama ; la fe me lo dice ; yo le amo , el testimonio que me dá de ello mi conciencia no me permite dudarle. Dios hará que persevere en su santo amor mientras le sea fiel. Suceda lo que suceda , mientras conserve el amor de Dios seré feliz y hallaré en ello mi paraíso.

Tal es con respeto á la seguridad de la salvacion , escepto en el caso de ciertas pruebas interiores , el estado habitual del

alma que se ha dado á Dios. Mas en vez de vacilar y de debilitarse con estas pruebas, no hace por el contrario sino robustecerse mas y mas ; de suerte que las almas que por las negras sugerencias del tentador se figuran hallarse condenadas , están mas tranquilas que las otras acerca su eterna salvacion en los intervalos de reposo que aquellas horribles tentaciones les dejan, y no le queda la menor inquietud acerca de este punto al verse libre de ellas. El objeto de estas tentaciones, en la intencion de Dios, es purificar en aquellas almas su amor y llevarlas á un sacrificio de sí mismas que se acerque al sacrificio de Jesucristo abandonado en la cruz por su Padre. Mas despues de haberlo hecho resucitan á una vida nueva y gustan anticipadamente en cierto modo de las delicias del cielo.

XIX.

SEGUNDA VENTAJA.

Nos libra de todas las penas de conciencia.

La segunda ventaja de esa donacion es el preservarnos ó librarnos de todo escrúpulo, de toda ansiedad, de toda pena de espíritu, de toda reflexion inquieta y dolorosa sobre nosotros mismos. Sean cuales fueren las causas de esos tormentos de conciencia, la principal es que el alma que los experimenta no se ha dado enteramente á Dios. Sin entrar aquí en ninguna prueba de detall, aléngome en este punto al testimonio de las personas de buena fe. Nada hay mas independiente, mas libre, mas sereno y mas alegre que la conciencia de una alma que es toda de Dios. Anda con seguridad, sin mirar con tantas tímidas precauciones á donde vá, porque no anda sola, sino que Dios la

conduce y lleva de la mano. Si dá algun paso en falso él la sostiene ; si cae la levanta, y si es preciso pasar por algun punto peligroso la lleva en brazos. Un simple llamamiento á su amado cuando ha cometido alguna falta , le devuelve la paz del corazon ; y una tierna mirada hácia él para ver si está enojado , basta para que él, que no puede resistir á aquella mirada, se aplaque en seguida, la perdone, le devuelva sus buenas gracias y la haga mas caricias que antes , hasta el punto de que ella misma se admire del exceso de su bondad y esclame : *¡ Cuán bueno es el Dios de Israel para con los de corazon recto !* (1)

XX.

TERCERA VENTAJA.

La familiaridad con Dios.

Y en efecto, y esta es la tercera ventaja que produce, desde el momento en que el

(1) Psalm. 72.

alma se ha dado á Dios , parece que desaparecen de su vista los atributos que nos asustan, y que no ve mas que los que nos mueven á amarle y á poner en él toda nuestra confianza. Las terribles verdades de la religion , que antes tanto le impresionaban y que apenas se atrevia á meditar, no le causan ya el menor temor ; encuentra un encanto indecible en las verdades consoladoras que pueden alentarla y fortalecerla, y tiene un gusto infinito en meditarlas. No mira ya á Dios como un amo , como un juez, como un vengador, sino como el mejor de los padres, el mas tierno de los esposos y el mas cariñoso de los amigos. Platica con él con santa familiaridad , le habla de sus cosas , le confia sus penas, y hasta se atreve á veces á darle dulces reprensiones, que, lejos de ofenderle, le agradan : creeríase en una palabra que el amor le ha hecho su igual. Es preciso haberlo experimentado para poder apreciar la dicha , la libertad y la dulzura que se halla en esa comunicacion de corazon á corazon con

Dios. El santo autor de la Imitacion la llama *familiaridad admirable*.

XXI.

CUARTA VENTAJA.

La paz interior.

En cuarto lugar goza el alma de una paz profunda é inalterable, no solo al principio en que Dios la embriaga de delicias, sino mucho mas adelante en que la prueba y crucifica. Verdad es que su paz es entonces menos sensible, pero no por esto es menos íntima y estable. Si sufre está contenta con sus sufrimientos, y lejos de querer ser aliviada desea sufrir mas. Esto es exactamente cierto ; y sin embargo la generalidad de los cristianos no lo cree ; y es que no tiene idea de la fuerza invencible del amor divino. Mientras no se aparta del seno de Dios, el alma *duerme y descansa en él en paz*, segun espresion de David , por-

que Dios la ha afirmado singularmente en la esperanza (1). Y en efecto, ¿qué es lo que sería capaz de turbarla? ¿acaso los acontecimientos humanos? Al poner su corazón en Dios se ha elevado sobre las cosas de la tierra. ¿Sus culpas pasadas? La primera cosa que Dios hizo cuando se dió á él, fué perdonárselas y no dejarle acerca de esto ninguna duda que pudiese afligirla. ¿Sus debilidades cotidianas? Se humilla mas no se turba por ellas. ¿Sus escasos progresos en la virtud? Deja á Dios que los juzgue y los aprecie, y se contenta con adelantar siempre, sin examinar con curiosidad sus adelantos. ¿Las sugerencias del demonio? pueden en verdad obrar sobre su imaginación, pero no llegan hasta el fondo de su alma donde reside la paz. ¿Que no la abandone el temor de Dios? Ella sabe que este no es nunca el primero en dejarnos. ¿El de no perseverar? Lo espera todo de la fidelidad de Dios y nada de sí mismo. Tal es el estado de una santa seguridad en que

(1) Psalm. 17, 9, 13.

pasa sus dias y que aumenta al acercarse su última hora.

XXII.

QUINTA VENTAJA.

La proteccion especial de Dios.

Es indudable que Dios dispensa una proteccion particular á sus elegidos, y Jesucristo nos asegura que ninguno de ellos perecerá. Y con todo es preciso reconocer una mas especial aun para con las almas que se han dado especialmente tambien á Dios, y esta proteccion no se limita tan solo á asegurar su salvacion, sino que abraza además todo cuanto puede contribuir á su santificacion. Dios no se separa ni un momento de ellas , tiene los ojos constantemente fijos en ellas para velar sobre todos sus pasos , las sostiene en sus tentaciones, aleja de ellas todos los peligros , cuida de ellas como de las *niñas de sus ojos* , segun

la espresión que emplea él mismo en la Escritura, y hace de suerte que todo cuanto le suceda sea para su mayor bien espiritual. Él mismo les elige el guia que debe ser el principal instrumento de su salvacion, é inspira á dicho guia los mismos cuidados, el mismo cariño que por ellas tiene. Si por desconocidos fines de la providencia ó para el mayor bien de ellas llega á faltarles aquel director, él se pone en su lugar y las gobierna inmediatamente por sí mismo. Agradecidas á tantas atenciones y bondades, tanto de parte de Dios como de parte de su ministro, y viendo que todo les sale á medida de sus deseos, hasta las cosas que les parecen mas contrarias á su perfeccionamiento, dicen sin cesar con el Profeta : *El Señor me gobierna, y no me faltará nada; me ha colocado en prados abundantes* (1).

(1) Psalm. 21.

XXIII.

SEXTA VENTAJA.

El don de la oracion.

No me estraña que sea tan poco comun entre los cristianos el don de la oracion, ya que está reservado á las almas que se han dado enteramente á Dios. Hay en verdad algunos á quienes favorece el Señor con esta gracia, pero es para moverles á que se den á él. Si se niegan á hacerlo no tarda en retirársela. Así pues puede establecerse como regla segura que toda alma que se ha dado enteramente á Dios se halla favorecida con el don de oracion, ora lo sepa, ora se lo deje Dios ignorar para su bien; y que por el contrario que toda alma que no es de Dios, está privada de dicho don, ó si lo posee será por poco tiempo, ó su pretendida oracion no será mas que una ilusion. Así pues el don de sí

mismo á Dios con todas sus consecuencias es la piedra de toque de la verdadera oracion.

Y esa oracion es toda de amor tanto por parte de Dios como por parte del alma ; y es tan fácil, tan dulce, tan provechosa para el corazon, que el alma quisiera estar orando sin cesar, deja de hacerlo con sentimiento, y se le hace penoso y casi insoportable hasta la mas necesaria comunicacion con los hombres ; Qué de caricias, qué de favores hace Dios al alma , la cual no sabe dónde meterse, ni cómo espresar los transportes de su agradecimiento ! Si acaso lo dudais leed lo que esperimentó san Agustín inmediatamente despues de su conversion : leed lo que se refiere de muchos otros santos, ó lo que acerca de eso dijeron ellos mismos.

Esa oracion, semejante al principio á un rocío dulce y penetrante, por lo comun se vuelve mas adelante árida y fria, pero no por eso es menos tranquila é íntima, ni deja de unir el alma á Dios de una mane-

ra mas inmediata. No es una oración de las potencias, sino una oracion del fondo, que pasa toda en el silencio, y que es una imágen del goce tranquilo é inefable que tiene Dios en sí mismo. En una palabra, por la oracion el alma se une de cada dia mas íntimamente con Dios hasta abismarse y perderse en él.

XXIV.

SÉPTIMA VENTAJA.

Abrir la entrada al camino de la santidad.

Por último, como dijimos mas arriba, por medio de dicha donacion se entra en el camino de la verdadera santidad, de la santidad que es mas especialmente obra de Dios, y en la cual la criatura no tiene que hacer mas que dejarle destruir y edificar, por una mera cooperacion de su parte, sin prevenir, sin resistir, y trabajando únicamente en cuanto se siente movida por la ac-

cion divina. ¿Qué es lo que podemos hacer en favor de nuestra santificacion con todo nuestro celo, con todos nuestros esfuerzos, si no nacen estos de la gracia? Nada. *Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen* (1). Lo mismo puede decirse de nuestra vigilancia para preservarnos del mal. *Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigila el encargado de su custodia*. Lo único que podemos lograr con la gracia, lo mejor que hacer podemos, y lo que espera Dios de nosotros es que le digamos con confianza: *Aquí me teneis, Señor; yo no tengo ni luces, ni fuerzas; todas mis promesas y mis resoluciones no son nada, y sin Vos no puedo ni hacerlas ni cumplirlas. Encargaos de mi alma; yo os la entrego; santificadla como mejor os plazca; yo no quiero trabajar en esta obra mas que á vuestras órdenes y bajo vuestra direccion*. Así lo hicieron los santos desde el momento en que tomaron la resolucion de serlo, y dejaron, por decirlo así, de esperar en

(1) Psalm. 36.

sí mismos en cuanto pusieron su confianza en Dios. Si algunos de ellos dieron al principio oídos á su fervor y se entregaron á piadosos escesos, despues cambiaron de conducta, y se acostumbraron á no entregarse demasiado á su propia imaginacion, á su carácter, á un celo arrebatado y mal entendido, sino á aguardar el impulso de la gracia, á seguirla paso á paso y á no ir mas allá de lo que va ella. Reconocieron en fin por la luz interior y por la esperiencia que su santificacion era mas bien obra de Dios que suya, y que adelantaban tanto mas cuanto se limitaban á secundar su accion.

XXV.

Práctica y recapitulacion.

Me preguntarán acaso: ¿qué es preciso hacer para darse á Dios? ¿Por ventura no depende esto mas de su gracia que de nosotros? ¿Ese don de sí mismo no es el ac-

lo de amor mas escelente? ¿y depende acaso de mí el realizar semejante acto? Y yo os contestaré que esto está en vuestro poder si lo quereis sinceramente, ya que está todo preparado por parte de Dios que nada desea tanto como la posesion de vuestro corazon. Haced pues con confianza de parte vuestra lo que de vosotros depende.

Supongo que á la lectura de este escrito el Señor ha escitado en vosotros un ardiente deseo de daros enteramente á él. Alimentad este deseo haciendo con frecuencia durante el dia actos como el siguiente: *Dios mio, puesto que no en vano habréis despertado en mí este deseo, haced que lo ponga en práctica. ¿Cuándo me daré á Vos? ¡Cuánto me tarda el que seais dueño de mi corazon! ¡Venturoso momento aquel en que pueda esclamar: Dios está conmigo y yo con él!* Llevad este pensamiento á todas partes; haced de él el objeto principal de vuestras oraciones; ofreced á esta intencion vuestras comuniones. Una chispa de amor, si se la alimenta, puede producir un grande

Incendio. Durante todo el tiempo que solicitaréis este favor sed en extremo dóciles y fieles á la gracia ; no os permitais la mas leve falta , ningun descuido voluntario , y si incurrieseis acaso en él manifestaos en seguida arrepentidos de haberlo cometido. Acaso el Señor os prepare durante algun tiempo ; acaso se apodere de una sola vez la gracia de vuestro corazon ; mas si perseverais en las prácticas que acabo de indicaros, es imposible que no verifiqueis en fin el acto tan deseado ; y al verificarlo experimentaréis sus efectos por el cambio que se verificará dentro de vosotros , que os sentiréis completamente mudados.

No me detendré en desvanecer las varias dificultades que pudieran oponérseme. El que fuese capaz de proponerlas está lejos de abrigar un formal deseo de ser todo de Dios.

FIN.

BIBLIOTECA DE MONTSERRAT



13020100017380

Cu
cios
tajas.

Par

cion basta recibir del Director una cédula de agregacion ó hacerse inscribir en el registro de alguna comunidad, congregacion ó parroquia agregada colectivamente por medio de un diploma recibido del Director general.

Para formarse una idea exacta de la importancia de esta grande Obra es preciso leer el *Apostolado de la Oracion*, un tomo en 8.º mayor, ó el *Manual* del mismo nombre que se venden á 9 rs. y 4 real y medio respectivamente en la libreria de Subirana, calle de Barcelona, y el *Manual de la Oracion de Jesus*. La importancia de lo son los diplomas etc., que se envian con gastos de correo.

Para todo lo que
Director general R.
Vals près le Puy (C)
Morgádes y Gili, Ca
lona.

BIBLIOTECA
DE
MONTSERRAT

D

Secció XIX

Format 12º.

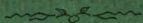
Número 1941

EL MENSAJERO

DEL

SAGRADO CORAZON DE JESUS

se publica á principios de cada mes.



Constará de unas 60 páginas cada número, formando dos tomos cada año con su correspondientes índices.

Los abonos empiezan en cada tomo, esto es, á principios de enero y julio y no se permitirá abonarse por tiempo menor que el de medio año.

El precio de suscripcion en toda España, es el de 18 rs. cada año; 24 en Francia é Isla de Cuba, y 36 en la América del Sur. El pago del importe de la suscripcion, puede hacerse en sellos de franqueo. A los que se suscriban por 8 ejemplares se les dará uno gratis.

Los Sres. Eclesiásticos que quieran recibirlo á cambio de celebraciones de misas, recibirán celebrar cuatro por la suscripcion de un año avisando anticipadamente.

Se suscribe en Barcelona librería de la da é Hijos de J. Subirana, calle de la P Ferrisa, núm. 16.

Biblioteca

129